

Buenas tardes y Felices Fiestas.

Gracias Feliciano por tu presentación y te agradezco también que hayas contado conmigo para poder dirigirme a mis vecinos en este acto tan solemne y especial del inicio de las fiestas. Cuando en otros actos he podido hablar a los fromisteños, en las semanas culturales de la Cofradía de San Telmo, o en el bicentenario de esta Cofradía, o cuando mucho antes el comisario del *Centenario de San Martín* quiso que interviniese en el congreso que hubo en Frómista, me ha colmado de satisfacción poder comunicar algo de nuestras sociedades pasadas a quienes hoy son herederos de aquellas y protagonistas de nuestra historia reciente. Con mucho más orgullo me siento hoy por poder dirigirme a vosotros en un acto tan significativo para Frómista, del que me siento muy honrado.

Tratándose de un acto inaugural de las fiestas, había pensado que podría interesar a todos mostrar qué festividades hubo en nuestra localidad con anterioridad a la implantación de las de San Telmo en 1742. Todos sabemos de estas últimas por la crónica de Francisco de Saldaña que rescató del olvido Vicente Gutiérrez. Ahora bien, con esa referencia indispensable, cabría plantearse qué celebraciones había antes de la notificación de la canonización y de la venida de las reliquias, cómo surgieron, cómo se llevaban a cabo, qué desarrollo experimentaron, y si alguna de ellas podría considerarse mayor y podría haber quedado desplazada por el culto a San Telmo. Cuando he abordado estos planteamientos he podido reconocer un amplio repertorio de fiestas de enorme interés para la historia de Frómista, pero que, dado el tiempo con que contamos no podemos hoy acometer. Santa Águeda, festividad ya impulsada desde el siglo XIII por los señores de Frómista Juan Díaz y Mencía Álvarez, de patronazgo femenino y extendida devoción, que acabó siendo voto de villa; los Carnavales y las soldadescas e inversiones de roles en los días que precedían a la Cuaresma; las letanías menores y sus romerías a Santa Marina de Requena

y Sta. María de Lantadilla de Población con varas alzadas, precedente de lo que vemos en el Ole; y otras muchas festividades no podemos hoy abordar por el marco temporal tan ajustado de la programación. Quizás otro día.

Hoy me limitaré a exponer cómo era la fiesta principal de Frómista antes de 1742, la de Pascua de Pentecostés, que se festejaba cincuenta días después del domingo de Resurrección. Pentecostés era una fecha señalada en la cristiandad, con la que se salía del largo periodo posterior a la Pascua de Flores. En el siglo XI Gregorio VII dispuso que esta festividad fuera de tres días y así aparece posteriormente en el sínodo de Palencia de 1345 presidido por don Basco (el obispo Blas Fernández de Toledo), por el que Pentecostés debía observarse con los dos días siguientes.

En Frómista esta celebración tomaba tal amplitud que podemos afirmar que se trataba de la fiesta mayor de la villa. Aquí era conocida como *Pascua del Espíritu Santo, de las Cincuestras, de Nuestra Señora, de Nuestra Señora de las Cincuestras, o de las Bodas de Nuestra Señora*. Se trataba de una fiesta móvil que podía correr entre el 10 de mayo y el 13 de junio. Aunque su fijación en el calendario litúrgico estaba relacionada con la conmemoración de la venida del Espíritu Santo a los Apóstoles, en Frómista los actos festivos y devocionales estaban vinculados a la Virgen. Esta particularidad se sustentaba por la tradición, en que se asumían narrativas provenientes de evangelios y textos apócrifos, que mostraban a Santa María y el Espíritu Santo interrelacionados. Los pseudo-evangelios de Santiago y de Mateo incluían la historia de la Virgen en el templo, así como la selección por el Espíritu Santo de José entre los pretendientes, en la que, anunciado un prodigio, éste se verificaba con la vara de José de la que surgía una paloma que ascendía a los cielos. La versión medieval de esta elección, recogida por Jacopo de Varagine alteraba algo el prodigio: de la vara brotaban hojas y allí posaba a su vez la paloma. José quedaba así desposado y se dirigía a

Belén a preparar las bodas, mientras en Nazaret la Virgen recibía el anuncio de Gabriel de que el Espíritu Santo vendría sobre ella.

Estos relatos justificaban el protagonismo de la Virgen en el Pentecostés de Frómista, a la vez que convenían a la Iglesia en aras a contrarrestar la persistente superstición de no casarse en mayo, la cual se anclaba por doble partida en el paganismo clásico y en tradiciones judías.

De víspera, los preparativos de la fiesta eran ajetreados. En la parroquia de Nuestra Señora del Otero varias mujeres vestían la imagen de la Virgen, y el sacristán adecentaba las andas. Las señoras encargadas de vestir la imagen utilizaban cintas de seda negra y roja, con las que formaban un trenzado, y usaban otras cintas y telas de color e hilos de cáñamo y de color cárdeno, así como muchos alfileres, para su adorno. Las andas eran asimismo embellecidas con telas, cintas e hilos de colores. Estas tareas eran compensadas por el Ayuntamiento con un refrigerio para las mujeres, al que en ocasiones se añadía confitura, y con un real y algo de vino para el sacristán. Paralelamente el consistorio proporcionaba a otras personas 13 celemines de harina, manteca y azafrán, para hacer *amondas*. Por *amondas* se entendía en Castilla un variado repertorio de panes o pasteles que en cestas se ofrecían a la Virgen. En Frómista parecen referirse a unos mantecados que se ofrecían a la Virgen del Otero y que se ponían a sus pies en las andas, posiblemente para entrar en contacto con la imagen y luego ser repartidos a los vecinos. En total se hacían unos 43 kg de *amondas*.

En la plaza, por su parte, los cuadrilleros eran ocupados en la tarea de limpiar el arroyo y de cubrir el cauce. Asimismo llevaban bancos, en previsión de las actividades a desarrollar. El esfuerzo de estas tareas se mitigaba con algo de pan y de vino municipales. Otras personas se afanaban en la construcción de la *Casa de la Madre de Dios*, una especie de capilla efímera donde iba a situarse más adelante la

imagen vestida de la Virgen. Se trataba de un templete levantado con tapiales y madera, donde se empleaban numerosos clavos para asegurar su estabilidad, y donde en ocasiones se empleaban tapias ya hechas, que se adaptaban a la construcción y más adelante, acabada su función, se devolvían a sus dueños. Unos bancos sobreelevados servían de altar a esta capilla que era revestida de telas sujetas por cordeles.

Ese día anterior a Pentecostés, a mediodía, una vez acabados los preparativos, la talla de la Virgen del Otero era procesionada en sus andas desde su parroquia hasta la *Casa de la Madre de Dios*, en cuyo interior era situada. En los bancos llevados por los cuadrilleros se sentaban los clérigos del cabildo de Frómista, quienes a las 4 de la tarde oficiaban las Vísperas de Nuestra Señora, no sin antes haber incensado el templete. Aquí había de permanecer la imagen de la Virgen hasta el día siguiente, en compañía de algunos vecinos que la guardaban de día y de noche, por lo que el Ayuntamiento les daba de comer y de cenar.

En el domingo de Pentecostés se hacía procesión con la Virgen del Otero que se retiraba de la *Casa de la Madre de Dios*. Era portada al son del tamboril por las calles de Frómista con el cabildo eclesiástico, siendo perfumada con incienso e iluminada con 2 hachas y 4 cirios, para finalizar en la iglesia de San Pedro. La misa, dada la solemnidad, la decía el cura, acompañado por los dos beneficiados más antiguos, los tres llevando capas, y con diáconos y acólitos para los cirios e incensario. El predicador era externo, un fraile de Villasilos. Los franciscanos observantes seguidores de Pedro de Santoyo eran muy apreciados por sus sermones, de modo que quedaba establecido que los dieran en Pascuas de Flores y de Pentecostés. Lo habitual este día, si atendemos a los homilarios de que se echaba mano, era que los predicadores se centraran en la naturaleza de la 3ª persona de la Trinidad. Es muy posible además que en Frómista se resaltasen los episodios de la Virgen con el Espíritu Santo. Los franciscanos eran gratificados con 8 reales por sermón, y se enviaba a su convento un carnero

de 40 reales y a veces 2 cántaras de vino de limosna; estas remuneraciones se entregaban al ecónomo de los observantes, o bien a un vecino de Frómista que los haría llegar a su destino final.

Era amenizado el día, quizás ya desde la procesión, con danzas. El carácter participativo que hemos visto en algunas tareas también se apreciaba en las compañías de danza, pues podían voluntariamente presentarse los grupos que lo desearan. Bailar a un santo o una santa, o durante la festividad, era no sólo un arte sino también una de las mayores manifestaciones de devoción. Las agrupaciones podían ser de hombres, de mujeres, de muchachos, de gitanos, de gitanas, de danzantes locales o de algún pueblo circundante, como Boadilla. En la última década del siglo XVI era habitual que danzasen hasta 5 agrupaciones. Pero hubo años, como los de 1594 y 1595 en que se alcanzaron las 7 y hasta las 8 danzas. Las modalidades, a veces descritas por la etnia de sus componentes, solían definirse mayormente por algún elemento identificador. Eran las de *zancos*, *espadas*, *palillos*, *cascabeles*, *gitanos*, y *machochines*. En 1598, por ejemplo, se contó con Pedro Vallejo y sus compañeros danzantes de espadas, con Pedro de Lomas y consortes también de espadas, con Toribio Santiago y sus compañeros de palillos, con Isabel Pinto y sus compañeras, y con la hija de Ortigosa y sus compañeras. La modalidad de *machochines* era la que en otros lugares se conocía como de *matachines*; se trataba de una danza que parodiaba los movimientos de los antiguos soldados tracios que luchaban saltando y danzando al son de flautas para aproximarse al enemigo y atacarlo con armas. A veces los danzadores llevaban máscaras, y si no las portaban gesticulaban o hacían muecas y sonidos que pretendían imitar a los soldados asustando a sus contendientes. Los *machochines* simulaban por tanto con saltos, aproximaciones, gesticulaciones y golpes fingidos con palos hacia otros, una lucha. Llevaban una vestimenta muy característica cerrada de cabeza a los pies, como un mono de mu-

chos colores, lo que se asemejaba mucho a la indumentaria de los *chiborras* que conocemos todos, pudiendo ser estos últimos una evolución de aquellos.

Las danzas tenían su música. De todos es sabido que los llamados *pluses* eran los que recorrían estos territorios amenizando con su música las fiestas; se trataba en origen de músicos alemanes católicos que en el periodo de eclosión del protestantismo en sus territorios decidieron emigrar a otros lugares más seguros. Eran los de Preussen, pruses o prusianos y, con los propiamente de Prusia, habría de otras regiones. Luego se ampliaría esa denominación a otros músicos nacionales y de la comarca. En Pentecostés sabemos que la procesión tenía tamboriteros que seguramente se unían a la dulzaina o a la chirimía en las danzas. Conocemos que Francisco Gómez de Lantadilla «*tañó a las danzas las fiestas de Cinqüesmas*», de modo que se le contrató para todos los grupos, y que, en ocasiones, hubo también trompeteros.

Por sus actuaciones cada agrupación de danza podía recibir una cordera y una cántara de vino, o bien 15 libras de vaca o buey y 10 de carnero; estas cantidades disminuían en algún caso: las mujeres parece que bebían menos porque se les daba la mitad de vino, media cántara por grupo; y si eran muchachos los danzantes, les entregaban 6 libras de vaca o buey y 4 de carnero, y una cántara de vino a compartir con los trompeteros. Los músicos también eran pagados o servidos con comida. Estas cantidades de comida se obtenían del banquete preparado para los pobres.

En efecto, había un banquete destinado a los pobres, celebrado en la plaza donde estuvo la *Casa de la Madre de Dios*. Los bancos que sirvieron en las vísperas para el clero, ahora se disponían en torno a unas mesas puestas también por los cuadrilleros. Los regidores, ayudados por otros hombres, servían carne de buey, que podía ser sustituida o complementada por vaca, carnero u otras carnes. El buey, claro

está, había que adquirirlo y para ello se acudía a mercados como los de Melgar y Villada. Traerlo a pie requería su tiempo, la destreza de los yugueros, y la ayuda de los guardas del campo para que no entrase en sembrados. Sacrificado y destazado por los carniceros, los trozos se disponían en las calderas que tenía el consistorio. Se empleaban entre 190 y 250 libras de carne, es decir entre 87 y 115 kg, sólo para los pobres, y algo más (aproximadamente 100 libras más, unos 46 kg) para danzantes; se sazónaba la caldereta con un celemín de sal, que eran más de tres kg. Se llevaban además al convite entre 4 y 8 cántaras de vino (es decir, entre 64 y 129 litros); y se empleaban 3 cargas de trigo para con su harina hacer pan cocido, lo que suponía unos 510 kg de pan. Estas cifras requieren de alguna aclaración. No sabemos cuántos pobres había, pero las cantidades parecen excesivas para un convite; esto puede explicarse porque, además de ingerirse mucho pan remojado en el caldo del guiso de carne con verduras como era propio de estas calderetas o *companages*, es muy posible que parte de los panes y vino sobrantes se repartiesen a los pobres, para de algún modo mitigar las necesidades del periodo de soldadura de mayo a junio, cuando se experimentaba algo de escasez entre los menos pudientes hasta tanto no llegase la siguiente cosecha. Otra parte de los alimentos se reservaría también para el Corpus, y del buey, descontado lo del convite y lo del Corpus, quedarían cerca de 1.870 kg, monto que iría a las carnicerías, pues entraría por los sistemas de obligación y de subasta en el circuito del abasto de la villa.

Entretanto, la imagen de la Virgen del Otero había de permanecer ese domingo de Pentecostés y hasta el fin de la fiesta, en la iglesia de San Pedro, con la luminaria que se empleó para la procesión. Al igual que sucedía cuando había estado en la *Casa de la Madre de Dios*, algunas personas permanecían día y noche junto a la imagen, y otras sólo la noche velando a Nuestra Señora. A estos piadosos vecinos el Ayuntamiento daba pan, vino y algo de la carne de la caldereta.

En lunes y en martes de Pentecostés había procesión y algo menos de solemnidad en las misas, con el semanero ordinario presidiendo y los del alba y aniversarios como colaterales con capas, con diáconos y con monaguillos de ciriales e incensario. A estas funciones litúrgicas se sumarían otras lúdicas, puede que todavía alguna danza, pero eran ante todo los días reservados al teatro, y a los toros.

El lunes de Pentecostés había comediantes para un teatro o auto. Las noticias de representaciones teatrales en Frómista, ya promediado el siglo XVI, nos sitúa ante algunas de las primeras manifestaciones dramáticas en Palencia. Con las escenificaciones de la catedral de Palencia reveladas por Sánchez Herrero, hechas en los ciclos de Navidad, Pascua y Pentecostés, y la «*Representación del Nacimiento de Nuestro Señor*», obra de Gómez Manrique para el convento de clarisas de Calabazanos, ejemplos del siglo XV, las representaciones de *la fiesta de Nuestra Señora de Frómista*, y otras de Boadilla y Támara documentadas a fines de los años 40 de la decimosexta centuria, estaríamos quizás ante las más antiguas teatralizaciones palentinas. En Frómista la temática debía de requerir de una puesta en escena con numerosos personajes, por lo que se alquilaban trajes de Boadilla y Támara con que cubrir todo el elenco. Debemos pensar que estos teatros religiosos, en conexión con las celebraciones litúrgicas, contaban con un buen número de *comediantes*, máxime si escenificaban los pasajes de la Virgen en el templo, los de los pretendientes, los de las 7 vírgenes que acompañaron a Sta. María a Nazaret, o si aparecían los 12 apóstoles. Podría ser que, al modo de Palencia, se contara con ciertos recursos escénicos sorprendidos, lo que hoy llamaríamos efectos especiales, como la caída de obleas desde una posición elevada, o la suelta de una paloma, con que se mostraría la venida del Espíritu Santo. Para este auto se había montado un tablado por un carpintero, como Rodrigo Pinto, o por varios hombres, en el área que antes ocupó la *Casa de la Madre de Dios* y el banquete de pobres, a fin de asegurar bien a los

actores en el escenario. Tanto los porteadores de vestuario como los montadores del tablado recibían remuneración o libras de carne de las calderas del banquete de los pobres. Los actores podían ser alimentados con una cordera y una cántara de vino, o bien con otras carnes del festín de los pobres, como pasó en 1598 con Pedro Riojano y su reparto que recibieron 20 libras de vaca y 10 de carnero más una cántara de vino; si además habían ayudado a traer los trajes conseguían algún real añadido.

El martes de Pentecostés era el día de la colación del regimiento, y a veces el de los toros. Los regidores, alcaldes y alcalde mayor tenían comida a costa del Ayuntamiento, diferente de la caldereta. Se destinaban unos treinta reales a esta costumbre, o dicho de otro modo 1.000 maravedís en el «*ayantar que se acostumbra de dar el martes de Zinquemas*». Desconozco dónde se realizaba el ágape ni en qué consistía el menú. Si estaba el marqués de Frómista, se llevaba a este señor también colación, en cuyo caso el coste podía suponer más del doble de lo habitual.

La actividad que más se esperaba de esa jornada y quizás de toda la Pascua de Pentecostés era la corrida de toros en la plaza, lo que se planteaba como un entretenimiento para, en palabras de entonces, «*regozijar el lugar*». Programar toros era complejo y movilizaba a muchos intervinientes. Primero había que buscarlos y traerlos, empleándose dos sistemas para ello. Uno era contratar con el adjudicatario de las carnicerías que él se encargase de proporcionar toros en fechas y fiestas concretas, quedando así el carnicero comprometido a ello y a satisfacer una fianza de no cumplir con ese acuerdo; de ahí que se le llamase el *obligado*, pues se obligaba a traerlos o a resarcir al Ayuntamiento con entre 6.000 y 12.000 mrs suyos y de sus fiadores de no hacerlo, en cuyo caso el consistorio se vería compelido a posponer los toros al día del Corpus. Otra fórmula era traer los toros el propio

Ayuntamiento por medio de sus regidores o personas encomendadas, procediendo tras la corrida a su venta en subasta.

Había varias dehesas donde buscar toros y novillos como las situadas en Villoldo, San Cebrián, Manquillos, Carrión, y Ribas de Campos. Varias personas acudían a seleccionar los astados, como regidores, y carniceros, y también iban hombres a caballo para traerlos, a quienes se daba almuerzo, merienda y algún jornal. Asimismo para venir con los toros nunca estaba de más la ayuda de algún trabajador de la dehesa o del lugar de adquisición.

La preparación de la plaza era fundamental para lograr un buen festejo. Algunas tareas desarrolladas previamente servían ahora para la corrida. Así, el tablado del auto se reconvertía en palco de autoridades; la limpieza del cañal del arroyo que los cuadrilleros hicieron la víspera de Pentecostés era también imprescindible, por haber cubierto con lajas de piedra el cauce; todavía en 1742, cuando se celebró la canonización de San Telmo, se efectuaba esa monda y cubierta del arroyo, además del allanado del terreno, labor necesaria para evitar tropiezos indeseados. La plaza, por cierto, no era la de Tuy. Era un gran polígono irregular que iba desde los pórticos del actual Hostal Camino de Santiago, hasta los de la Hostería los Palmeros, sin camino alguno que lo atravesase, quedando el espacio estrangulado por el enorme atrio de San Pedro que llegaba hasta la actual carretera. Las autoridades se situaban en el tablado, en el ángulo recto de la esquina de la cabecera de San Pedro con la sacristía. Desde aquí los cuadrilleros levantaban barreras defendiendo los laterales, hasta el estrechamiento del mencionado atrio. El toril, necesariamente anexo a la plaza defendida, era un corral que posiblemente daba a la plazuela frontera a la iglesia de la Misericordia, y cuyas puertas se aseguraban con soga para evitar la salida de los astados.

En el toreo, el empeño era a caballo. El consistorio conseguía varas largas para convertirlas en garrochas, a las que ponían las puyas de hierro, operación que se conocía como de «*enclavar las varas*» o «*bechar los clabos a las baras para los toros*». El cerrajero Alonso Guillén y el herrero Pedro Martínez tenían, por sus profesiones, conocimientos para ensartar adecuadamente las puyas. Hasta tres haces de varas se llegaban a adquirir y, pensando que algunos tendrían las suyas propias, quizás hubiera más de 9 caballeros en la faena. Eso no quita para que algún espontáneo o valiente saliese de la barrera a pie en algún lance; en estas corridas era importante acudir rápidamente en ayuda de los jinetes o de los peones en caso de algún apuro. La técnica de garrocha nos indica que se trataba de un toreo de acoso y derribo del astado, hiriéndolo con las puyas, haciéndolo caer, y cansándolo, esquivando con requiebros y con cortes del compañero las acometidas imprevistas del toro, en una labor coordinada de los caballistas. Aunque ya a mediados del siglo XVI había en otros sitios rejoneo o suerte con el garrochón, que requería del caballero estar en posición *estradiota* (es decir de pie sobre los estribos), y no a la jineta, en Frómista se seguía prefiriendo un toreo sin suerte capital. El toro herido era conducido al toril y, terminados los festejos, era curado con vinagre y sal. Luego, para conseguir un pronto restablecimiento, era bien alimentado con *alcacer*, esto es con gavillas de cebada verde que eran muy nutritivas. Permanecía un tiempo en esta situación, hasta que era requerido por el carnicero para su sacrificio, o por los compradores para llevárselo; el precio que alcanzaba en subasta cada astado era de unos 20 ducados, o 221 reales, o 7.500 maravedís.

En los tiempos en los que se producía este tipo de toreo, cuando todo se disponía para solucionar el conflicto flamenco y el pirateo inglés, era habitual en Frómista dar posada a los soldados que se dirigían al puerto de Santander a formar parte de los ejércitos. Esto me re-

cuerda una observación curiosa que en su momento hizo sobre la *armada invencible* Claudio Sánchez Albornoz, que decía que, si la flota española hubiera ganado a la inglesa, hoy en todo el Mundo en vez de fútbol habría toros. No se habría podido imaginar este insigne historiador cómo evolucionarían después estos temas, el fútbol y los toros, en el Mundo y en España. Quizás hoy como entonces no se pueda *luchar contra los elementos*. Pero esto es ya otra historia.

La festividad de *Cincoesmas* era en definitiva como una gran boda: acicalar la imagen de la Virgen era como ponerle el vestido a la novia; preparar la *Casa de la Madre de Dios*, como disponer la casa de la prometida para los familiares y amigos acompañantes; la procesión a la iglesia, como el recorrido de la novia al templo para efectuar los esponsales; la vigilia o *vela* como la alteración popular de la *velación* de los novios; el banquete de pobres, como el festín de un enlace; danzas y espectáculos, como los entretenimientos de las mejores nupcias. La denominación por lo tanto del Pentecostés de Frómista como *Bodas de Nuestra Señora* tenía todo su sentido.

Concluye aquí mi intervención. Pero no quisiera terminar sin pedirnos que me ayudéis, con el recuerdo de los que ya no están con nosotros, a elevar unos vivas:

*¡VIVA SAN TELMO!*

*¡VIVA FRÓMISTA!*